Telón de Agora

EL SILLÓN VACÍO.—EL CUERVO.—LAS CARTAS BOCA ABAJO. PROHIBIDO EN OTOÑO.

En el María Guerrero—28 de octubre—, por el Teatro de Cámara que dirige Modesto Higueras, se estrenó *El sillón vacío,* de Peter Ustinov, traducida y adaptada por Charles David Ley y José García Nieto.

En *El sillón vacío,* Peter Ustinov muestra—en mayor grado aún que en *El amor de los cuatro coroneles*—inteligencia finísima, poder dialéctico y honda cultura. Las figuras más representativas de la Revolución francesa, Hébert y los jacobinos del grupo de Robespierre, con él al frente: Dantón, Desmoulins, etc., llenan la escena de ambición y de astucia, de sentimentalismo y, a veces, de ingenuidad. Y, entre ellos, con la credencial de la gamuza o la escoba, se mueve el pueblo—espía y espiado—como una sombra sufrida de escasa voz, como un telón de fondo que realmente no importa. En medio de la escena está el sillón vacío, un trono de molicie, esperando indiferente que uno de los "grandes" llegue a él por vanidad o por debilidad. El nuevo entronizado acabará en la guillotina. Teatralmente, este sillón subraya de manera interesante e impecable el paso del tiempo histórico de un poder—de un Comité—a otro.

Las luchas recreadas por Ustinov entre sus personajes históricos tienen una resonancia actual, intencionada y clara. Ustinov ha ideado su Krenlim; su tercer Estado amorfo, borroso, reducido al alarido que le dictan o a la limpieza; su crítica a las figuras históricas del comunismo.

La obra, a juzgar por el tiempo que duró la representación, se dió íntegra o apenas mutilada, y la versión que oímos estaba escrita en español, con precisión y gracia. Todos los actores trabajaron denodadamente en *El sillón vacío,* cuya acción camina a golpe de diálogo. Una obra, en suma, de interés, que logró un éxito más para el Teatro Nacional de Cámara.

Claudio de la Torre estrenó en su teatro—31 de octubre—*El cuervo,* de Alfonso Sastre. El anuncio de la obra había despertado hondo interés.

El cuervo supone, respecto a las otras obras estrenadas por este autor —*Escuadra hacia la muerte, La mordaza, El pan de todos* y *Sangre*

de Dios—, una variación técnica hacia moldes de mayor exigencia y dificultad. El tema se sale del rótulo "teatro social" en el que encaja preferentemente el propósito de Alfonso Sastre. Lo que, sin duda, no quiere decir que el tema carezca de interés. El tema es fino y difícil. Los actores hablan en presente tanto de la realidad actual como de esa misma realidad hecha huellas en otro tiempo. El presente, el pasado, el inmediato futuro, se entrelazan y cruzan, dramatizados por la incertidumbre, el temor, la certeza. Alfonso Sastre, frente a las demás obras sobre el Tiempo, quiere aportar—afirma en su autocrítica—un nuevo ingrediente o móvil dramático: el llamado horror mágico, que sentiríamos ante el pasado si volviera a pasar.

El decorado y su realización, espléndidos. Los actores—creemos—no estuvieron a la altura del interés del público ni de la obra.

El 5 de noviembre, en el Reina Victoria, hubo estreno importante. *Las cartas boca abajo,* de Antonio Buero Vallejo. Este autor suscita siempre interés, pero, además, en esta ocasión, triunfó rotundamente, recibiendo un verdadero homenaje del público.

Las cartas boca abajo está en la línea de *Historia de una escalera* y *Hoy es fiesta.* Es una obra magnífica, por su diálogo—rico de contenido, sobrio, preciso, escalofriante a veces—, por su construcción maestra, por sus personajes—perfectamente diferenciados, vivos—, por su tema complicado, difícil, puramente dramático.

El Teatro, sin duda, puede ser bueno con meros símbolos sin nacionalidad, símbolos que representen sentimientos o ideas de cualquier hombre en el mundo. Pero Buero escoge sus criaturas escénicas—cuyo estar, a veces puede enriquecerse con una doblez simbólica—en la realidad nuestra, con una forma de ser, una mentalidad y un sufrimiento nuestros. Casi diríamos que los personajes de *Las cartas boca abajo* lo que tienen en el fondo es un problema de educación y que, por ello sobre todo, su creador ha plasmado una obra española. Orgullo a destiempo, matrimonio porque sí, paternidad inconsciente, trapisondismo, desorientación, ramplonería, aspereza, son *Las cartas boca abajo* puestas al revés, o sea boca arriba. El público del estreno conocía ya los tipos que se iban a mover en escena y le sorprendió verlos con aquella unidad presentados, con aquel rigor y cada uno con su verdad honda, dramática, mostrada en su momento. Sorprendente era también la generosidad y maestría del autor poniéndose del todo en cada frase al lado del que la pronunciaba, al lado de la experiencia, la edad y la circunstancia de cada personaje.

Las cartas boca abajo es un espléndido drama. Algún crítico dramático ha mostrado—al juzgarlo—cierto descontento por haber encontrado la obra francamente dramática. Esto sí que es drama. Porque estábamos presenciando una obra considerable del teatro español y asistiendo alegremente a una consagración que parecía—y deseamos—definitiva. Y,

sobre todo, porque las dotes críticas pueden también orientarse hacia las verbenas de la Villa que están sin tocar y resultan bien.

Destacaron, entre los actores, Pilar Muñoz, Manuel Díaz González y José Bódalo.

En el Lara—14 de noviembre—, en función benéfica por los damnificados de Valencia, se estrenó *Prohibido en otoño,* de Edgar Neville, comedia asainetada que entretiene desde el principio por su fino diálogo, en ocasiones de verdadero ingenio. El autor de *El baile* logra una continua calidad en acto y medio. El primer acto y la primera mitad del segundo, hasta que entra en escena Silvina—Asunción Montijano—, madre de *La Codos*—Conchita Montes—. Esta escena—la de Silvina y Antonio—es buena, pero en la pauta y la armonía anterior de la obra resulta detonante y, en cierto modo, fácil. El autor metió en escena una madre distinta a la que había hecho esperar. Un reparo menor es que *La Codos*—chiquilla zarrapastrosa—se transforma en una muchacha encantadora en manos de Antonio, el orfebre, en excesivo poco tiempo. El cierre de la obra nos pareció mal. Prohibido en otoño, sí: las cosas, en su lugar, en su tiempo. La elipse del escultor en su pedestal, no en la cabeza de la tía Tomasa—María Francés—, que es una descoyuntada salida de farsa—como un grito estridente—en la impresión grata que nos causó la obra. Sin embargo, fué de agradecer y muy divertida la visita de los vecinos de Fuencarral.

Antonio Vico, siempre buen actor, nos pareció esta vez que forzaba su naturalidad. Muy bien Conchita Montes. Y los demás: María Francés, María Luisa Moneró, José Guerra, etc.

MEDARDO FRAILE.